



El general de división D. Bernardo Reyes.

Bernardo Reyes

El general de división D. Bernardo Reyes.



B. Reyes

EL GENERAL ✓

PORFIRIO DIAZ

ESTUDIO BIOGRÁFICO CON FUNDAMENTO DE DATOS AUTÉNTICOS
Y DE LAS MEMORIAS DEL GRAN MILITAR Y ESTADISTA, DE LAS QUE SE REPRODUCEN
LOS PRINCIPALES PASAJES

POR EL GENERAL.

BERNARDO REYES ✓



MÉXICO ✓

J. BALLESCÁ Y COMPAÑÍA, SUCESORES, EDITORES ✓

1903 ✓

F1233
.5
.D4
RA

BARCELONA

Tipolitografía de Salvat y C.^a, S. en C.

294, CALLE DE MALLORCA, 294

1903



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

PRELIMINAR

AUN suenan en nuestros oídos las palabras llenas de emoción con que el ilustre general Porfirio Díaz nos ha relatado, en momentos propicios, episodios gloriosos de su vida, al ser por nosotros consultado, respecto de diversos puntos dudosos, ensombrecidos por el tiempo, relativos á su eximia existencia.

En tales casos, los recuerdos á veces encendían su mente; levantaban ante ella escenas épicas de su pasado, conmoviendo su espíritu con las imágenes vivas de las miserias y de las grandezas, de los tremendos sacrificios que se consumaron, de los heroísmos realizados en las luchas por las instituciones y por la independencia de la República.

Su voz, en esos relatos, vibraba con todos los acentos, ahogándose en ciertos instantes, á la influencia de nobles impresiones; y su mirada, grandiosa y serena como la de la Historia, solía empañarse...

Al evocar el pasado, ¡cuántas ocasiones surgían fantásticos en trágicas actitudes, de entre el polvo del revuelto campo de la lucha, sangrientos cuerpos de caras lívidas, de antiguos compañeros de armas, en cuyas bocas pálidas sonaban frases solemnes, dirigidas á su caudillo ilustre, recordándole gloriosos triunfos ó caídas pavorosas! ¡Cuántas veces la remembranza de algún acto, increíble por lo grande, efectuado en el fondo del abismo de las desgracias por el mismo narrador, al impulso soberano del sentimiento patrio, estremecía y apretaba su corazón!

No es extraño, pues, que ante el pasado de su vida, su palabra soliera ahogarse y empañarse su mirada...

La emoción era natural al recorrer, con la tea del recuerdo en la mano, oscuras é inmensas galerías y pararse á contemplar, á los fulgores de la llama incierta, los gigantes cuadros de tremendas epopeyas, cuyas figuras sombrías parecían moverse con vida propia al flamear de la luz vacilante de esa fantástica antorcha de las memorias.

¡Qué fulgores, qué cuadros y qué galerías!

Una gran alma, como el horizonte, se abría; y á veces, nubes negras, orladas de sangre, pasaban fulminando rayos, ó se pintaba, glorioso, de oro y blanco el pabellón del cielo.

Era el general Díaz relatando en su salón de despacho, y nosotros oyendo el sencillo y sentido relato, olvidados, relator y oyente, del presente que nos rodeaba y transportados á los legendarios tiempos de los combates por la Libertad y por la Patria.

Así ha sido inspirado este libro que hoy escribimos, consultando la misma Autobiografía de Porfirio Díaz, de la que copiamos trozos bellísimos (1); examinando los documentos oficiales, que ha sido necesario ver para precisar acontecimientos, y á presencia, por lo demás, de los sucesos de la última época.

Y hay que advertir que este libro no está escrito con la pluma analítica, que pierde el vigor en la descripción de las grandezas, por detenerse en las minucias del detalle; está escrito de un modo sintético, al impulso del sentimiento que arrebató, que embriaga, dentro de la sublime verdad que lo inspira.

Al escribir la biografía del ilustre Presidente de México, no sólo tenemos que hablar del héroe, por lo que toca al batalloso pasado, sino del hacedor, en los tiempos actuales de paz por él conquistada, del hacedor de una época la más brillante de nuestra historia nacional. Tenemos que bosquejar su vida entera.

Felizmente, para emprender ese precioso trabajo, hemos contado con los mejores elementos de inspiración y de verdad; y careciendo de los vuelos de esa águila de luz que esplende y al sacudir sus alas produce soberanas armonías, de esa águila victoriosa que se llama *elocuencia*, hemos acudido, para levantarnos á la altura que nuestra empresa demanda, al sentimiento que sincero surge del alma ante las divinizadas grandezas humanas.

En la biografía del general Díaz se admirarán las campañas, los sangrientos combates y las luchas no cruentas, pero sí angustiosas, devoradoras de energías, por el bienestar y progreso nacionales.

Hermoso ha sido, sin duda, para el gladiador ensangrentado, al dar comienzo la brega formidable, echando mano á la espada, lanzar el tronante grito de *¡despierta acero!* Pero en la paz, más hermosa ha sido la frase de *prospera, Patria*, pronunciada con voz profética por el héroe, después de dominar la anarquía de un pueblo, estableciendo por tal modo la ancha base de su glorioso porvenir.

En los instantes históricos en que nos hallamos del supremo triunfo, tras de la guerra y de la paz, al escribir la vida del victorioso en todas las luchas, lo hacemos con el temor de no presentarlo á la posteridad con el brillo que merece.

Sin embargo, si más no podemos, nuestra voz será uno de los ecos de su fama, que la eterna verdad augusta ha paseado gloriosa por el mundo.

En todos los pueblos cultos se han formado ventajosos juicios del grande hombre que tratamos de biografar; y uno sintético, que condensa con plasticidad artística lo principal de los más, escrito en el remoto Oriente por un publicista imparcial, sin contactos con este hemisferio, nos servirá para dar término á este *preliminar*, en el que lo colocamos como fulgurante joya.

Es ese juicio del genial escritor ruso León Tolstoi, el cual forma parte de un libro suyo, titulado: *Naturalezas fuertes*.

Los párrafos relativos dicen así:

«¿Cómo es que del caos pudo Díaz hacer surgir el orden?»

(1) Esa obra permanecerá inédita, mas de ella tomaremos la mayor parte en esta biografía.

«Nuestros grandes estadistas del Norte de Europa son tal vez, y no precisamente, eminentes ante el criterio de la Historia moderna por haberse hallado rodeados de elementos dúctiles, que ellos no tuvieron necesidad de modelar conforme á sus ideales por encontrarse las estratas sociales en un grado de civilización más avanzado. Pero en México no había más que caos, no había más que sombras, no había más que una civilización elemental; durante medio siglo, la única luz que alumbrara las tinieblas salía de la boca de los cañones, y el bello cielo del Septentrión americano aparecía teñido con resplandores del incendio.

«Mas he aquí que del vértigo de esa vorágine aparece un guerrero cabalgando, como el héroe de la leyenda cosaca, en caballo ensangrentado y con la espada luciente. ¿Es un ángel exterminador, una gota más de agua en la negra tormenta? No; es un rayo, pero rayo más bien de luz que de muerte. Se abre paso en lo recio de la pelea; las legiones se desbaratan cual copos de nieve al soplo del viento del Sur, dejando atrás una mañana riente y un sol que orea la sangre del campo de batalla. Desmonta y mira el paisaje desolado que se extiende á sus pies; y luego, arrojando lejos de sí la armadura, coge el arado, abre el surco y planta la semilla. La tierra se cubre de verdura, los pájaros trinan y el grano germina.

«Los fugitivos se rehacen, y al ver las sementeras cuajadas de espigas, arrojan las armas, y volviendo la vista por todas partes, para ver quién ha sido el autor de esa maravilla, distinguen á lo lejos, inmóvil, la figura de Díaz. Y como hijos de la naturaleza que son, se prosternan en su presencia, confundiendo al instrumento con la causa. Díaz les predica el evangelio de la paz, haciéndoles ver que la sangre sólo fecunda ortigas, y que el árbol del pan sólo florece y da fruto regado con el sudor de su rostro. Y de las ruinas de una república anárquica construye una vasta y floreciente nacionalidad.

«No nació autócrata como Rusia, sino democrática en su estructura nacional. México no goza de las mismas libertades que su poderoso vecino del Norte, ni tampoco sería conveniente que las tuviera, pues la libertad es como la aurora, que antes de amanecer se anuncia con pálidos crepúsculos. La naturaleza es enemiga de bruscas transiciones, y un pueblo que sale repentinamente de las tinieblas á la luz, retrocedería deslumbrado. En esto consiste precisamente el genio del estadista mexicano, en la graduación metódica que cuenta las pulsaciones de la nueva existencia nacional. Otro reformador de talento mediano hubiera hecho de su pueblo, bien un montón de demagogos sin Dios ni ley, bien una agrupación de tiranuelos y esclavos; mas Díaz supo evitar los extremos, creando un gobierno único en los anales de la historia política.»

Transcrito lo anterior, para dar la primer pincelada en el gran cuadro biográfico, invocamos la inspiración, y á nuestra mente se presenta el apoteosis, que hace vibrar nuestro organismo, y entonces la mano atrevida se adelanta al lienzo, que semeja un jirón del firmamento, y lo toca con el pincel mojado en los colores de la verdad, de la justicia y de la luz.

